

LAS PALABRAS QUE TRAEN SOLEDAD

DANIEL SUEIRO

Hablar con la gente es, a buen seguro, la forma más elemental, y no sé si también la definitiva, de sociabilidad. Hablarse es comunicarse con otro. Y conversar, si no es convertirse en otro, al menos se acerca mucho a ello: es verte en o hacia otro.

La palabra, para hablarla, no puede haber sido depositada en la boca del hombre—ninguna otra boca de animal la tiene o la conoce—por puro capricho. Obedece a un plan. La palabra, si no es el verbo, se le parece.

Así ocurre que, a mi juicio, la palabra es algo tan fundamental y necesario para vivir—o sobrevivir—como el pan, el agua o el aire, de modo que seguramente en la creación de este mundo estuvo previsto el rodar constante e inacabable de la palabra junto al discurrir de las aguas en los cauces de los ríos y el ondular de las mieses en las praderas, bajo el viento.

En el reparto del don de la palabra, en contra de lo que ocurre en el de otros dones o bienes, no debió haber lugar para la existencia de hambrientos. Ni los mudos, con no hablar, pueden tener hambre de palabras en el fondo esencial de las cosas y en el sentido último, más claro o más oscuro, que tiene la vida.

Hablar—o sea, conversar, dialogar—es un modo radical de evadirse de la soledad y entrar en compañía y sociedad. Y más que hablar, quizá, dejar hablar.

Conversación es lo mismo que contacto o comunicación; diálogo es lo mismo que razonamiento, ánimo de un acuerdo, lucha por una identificación.

Tal debe ser, al menos, el sentido histórico, biológico, filosófico y final de las palabras: de las palabras dichas para ser oídas, de las palabras vertidas y convertidas.

Ortega habló repetidamente de

ese afán indecible de compañía, de sociedad, de convivencia que hay en el hombre y en su vida; afán surgido siempre, manifestado siempre «desde el fondo de radical soledad que es nuestra existencia».

Y así dice Ortega:

«Nos es connatural en el orden del pensamiento el deseo de coincidir con las opiniones de los demás. Cuando el hombre tiene un problema, su primer movimiento es preguntar a los demás sobre él, para que nos digan lo que sobre él piensan... Preguntamos con la intención de coincidir con los demás, hasta el punto de que si tenemos que discrepar nos sentimos íntimamente obligados a justificar de modo especial nuestra discrepancia.»

—¿No sé qué pensar sobre esto; ¿tú qué opinas?—hemos oído preguntar o preguntado nosotros mismos en más de una ocasión. «Estoy en un aprieto, ¿qué crees que debo hacer?» «Tiene usted razón.» O bien: «Está usted equivocado, por esto o por lo otro.»

Las palabras, en fin, que sirven tanto para preguntar como para responder, tienen fundamentalmente ese sentido y misión egregios de comunicar, de sociabilizar, de resolver; supuesta, desde luego, cierta normalidad y armonía en las gentes, en el mundo y en los significados de las cosas. (Porque también es verdad que a veces «no hay manera de entenderse».)

Los parlamentarismos, las democracias, las campañas electorales modernas—donde las haya—; los discursos, las conferencias, los coloquios, las secciones de consultas que hay en todos los periódicos, el progresivo aumento de las casas editoras de libros, el martilleo de la radio y todas esas cosas con consecuencias bien evidentes y muy generales del descubrimiento de las grandes posibilidades que ofrecen las solas palabras.

Modernamente, las técnicas políticas y sociológicas hacen uso desmedido de la palabra; sin embargo, sabiendo como saben que la palabra, hoy más que nunca, si se puede escuchar, y, sobre todo, si se puede pronunciar—cosa que no siempre ni en todas partes es posible—, es un arma magnífica, un gran elemento de lucha, un verdadero estuche de oportunidades de todo género.

La palabra, a todo esto, ha sido exprimida hasta el máximo, ha sido pronunciada mil y mil veces,

usada de todos modos y con todos los sentidos; la palabra ha sido desmenuzada, descuartizada, vuelta del revés, fundida y refundida hasta límites increíbles.

Este abuso de la palabra ha traído consigo algunas consecuencias. Por ejemplo, he aquí una de ellas: la palabra ha perdido

dignidad, la palabra apenas tiene valor, la palabra ya no sirve para nada. A la palabra, a la mera palabra, ya nadie le hace caso.

Si la palabra ha muerto, ¡viva la palabra!

Pues si el contenido y destino de la palabra fue congregar, vincular y acompañar, y ahora la palabra tiene como virtud la de aislar, aburrir, disgregar..., ¿qué grito vamos a emitir?

Los vientos que soplan sobre nuestro momento son, la verdad, desganados y calmosos, vientos perdonavidas que ya nos dejan tan tranquilos... Apenas quedan palabras con verdadera confianza en sí mismas, con verdadero sentido de su responsabilidad y de su entereza. Las palabras—retórica—igual pueden convencernos hoy de una cosa como de la contraria. Es decir: las palabras ya no nos convencen, ¡ay!, de nada.

Elevados a la categoría de entes sociales, dispuestos a través de los años en las filas numeradas de este cinematógrafo de la sociedad por fuerza y virtud de las palabras: palabras que hemos pronunciado o que nos han oído pronunciar, palabras que otros han dicho y nos atribuyen a nosotros, palabras que no hemos sido capaces de decir o que nos han arrancado a la fuerza, nos encontramos ahora ya, como de golpe súbito, en el reino antiguo de la soledad que nos pertenecía y que nadie podrá arrebatarnos. Parece como si algo hubiere dado una vuelta completa y nos encontráramos de nuevo sobre el punto de partida.

Apenas preguntamos ya la opi-

nión de los otros. Hemos querido coincidir en las opiniones de los demás, pero casi nunca lo hemos logrado. Nadie nos pide ya nuestra opinión. Todos se arreglan por su cuenta. Casi nadie se fía.

No nos pagan por hablar—hay gente que cobra por hablar, y otros hay que cobran por estarse



callados—, y por eso, acaso solo por eso, somos ya pocos los que no hablamos de nada o de casi nada. Hablamos con poca gente ya. Elegimos la clase de personas con las que nunca es demasiado trascendental, favorable o desfavorable, bueno o peligroso quedar de acuerdo o en desacuerdo.

Las personas con las que corrientemente hablamos saben lo que significa un bostezo o un descanso, porque ellos también bostezan o descansan con toda naturalidad en una conversación.

A veces, sin embargo, conversamos todavía con personas que nunca llegan a comprender el enorme cansancio, la gran tristeza, el tremendo desasosiego que nos invade sin remedio y que, de puro hartos de justificar especialmente nuestras discrepancias, ocultamos como podemos en un silencio inexpresivo.

Hay pocas cosas más tremendas que esa de carecer de fuerzas para discrepar en algo fundamental, no tener ganas de oponer las razones que se tienen guardadas, saber que de nada valen ya las palabras.

Mas, curiosamente, puede descubrirse que el reino de la soledad no es un reino agobiante y estéril. La soledad multiplicada de los hombres honrados y silenciosos, soledad ganada día a día en las meditaciones, en los anonimatos, en las prohibiciones; soledad amorosamente compartida con millares y millares de hombres solos, ha de llevarnos necesariamente a un nuevo tipo de soledad que será la sociedad auténtica, sin mentiras ni envidias, en que cuando alguien diga «es esto», será porque verdaderamente eso es.